



TODO LO QUE ENCONTRÉ EN LA PLAYA

CHAI EDITORA

Cynan Jones

TODO LO QUE
ENCONTRÉ
EN LA PLAYA

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Jones, Cynan

I. Narrativa. 2. Narrativa Galesa.

I. Battistón, Matías, trad. II. Título.

CDD 823

Título original:

Everything I found on the beach

© Del texto, Cynan Jones, 2011

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Matías Battistón, 2024

Diseño de tapa

Gonzalo Marín

Foto de tapa

Lucia Iparraguirre

Diseño de identidad y colección:

Lamas Burgariotti

Primera edición

Julio 2024

ISBN: 978-631-90050-6-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Austria 1840 depto V.

(C1425EGD)

Ciudad de Buenos Aires,

Argentina

www.chaieditora.com



Él dijo: “Soy un hombre”, y eso significaba ciertas cosas...
Significaba que era mitad loco y mitad dios.

John Steinbeck, *La perla*

Prólogo

El polaco vio cómo la luz se deslizaba por los portones de chapa y tomó el cigarrillo que su amigo le ofrecía, y los dos se pusieron a fumar como los demás, esperando el ómnibus y mirando cómo ingresaban los camiones. De vez en cuando sentían el olor repugnante del incinerador.

El ganado mugía del otro lado de las paredes, un sonido extraño y apagado que venía de los cobertizos.

Bajó la vista hacia su teléfono, haciendo pasar las imágenes con el dedo.

—¿Qué le dijiste a tu mujer? —preguntó su amigo.

—Le dije que tenía que trabajar tres turnos.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Yo también. —Metió la mano en el bolso—. Mira cuántos sándwiches me preparó.

*

Parte uno

Hold se sentó en un cajón dado vuelta, cortó el espinazo del pescado y dejó que la lancha cabeceara y se estremeciera a su alrededor en el agua. Lo apoyó contra la tabla de picar y hundió la hoja del cuchillo detrás de las branquias, después giró la hoja con fuerza y la deslizó a través de las espinas para sacar un filet. De no ser por el pedazo de lomo que le faltaba, hubiera dicho que el pescado seguía vivo.

Hold hizo un corte para sacar las espinas y las tiró al agua; después separó la carne de la piel y tiró la piel también. Cortó el filet en tiras del tamaño de un pulgar y las fue comiendo una por una.

Cada tanto se frotaba la protuberancia del dedo gordo donde algo se le había metido debajo de la piel, formando una pequeña ampolla.

Miró el cuchillo y lo limpió contra la botamanga, y probó el filo con la yema del pulgar, con los pelos del brazo, y alzó la vista desde la lancha hacia los acantilados, hacia las pálidas gaviotas que salían volando en círculos.

Danny le había dado el cuchillo. Tres años atrás. Hold había decidido que se lo daría a Jake cuando el chico tuviera edad suficiente.

Por ahora, era como si seguir usándolo fuera vital para no dejar de sentir a su amigo a su alrededor.

*

Hold levantó las nasas con la pesca y dejó que la lancha boyara, anclada hasta cierto punto por el peso de la cuerda que unía las nasas en el agua. Estaba a unos pocos cientos de metros de la costa.

Vació en el barril los camarones, que no dejaban de moverse y chasquear. No había lógica que explicara por qué algunas de las trampas tenían camarones y otras no. Se los imaginaba mordisqueando, probando, sopesando la trampa. Hacía falta incitarlos a entrar, darles algo que los motivara; pero una vez que entraban, eso era todo. Era una decisión sin vuelta atrás.

Hold puso otra vez las carnadas en las trampas —el jurel y el arenque salados de antemano— y después preparó la lancha y volvió a desenrollar la cuerda en el mar. Se oía el agradable ritmo del motor y el chapoteo de las nasas al golpear rítmicamente contra el agua.

Revisó el barril con gestos mecánicos, eligiendo los camarones más pequeños y arrojándolos por la borda, preguntándose cómo se sentirían durante ese instante en el aire, ese elemento para ellos tan ajeno; después levantó unos baldes de agua marina, llenó el barril y le puso la tapa.

Lanzó las cuerdas al agua y después fue a buscar las trampas para langostas, que había usado por primera vez en la temporada. En la primera había una langosta enorme, y le sorprendió verla con la carnada fresca. En las demás, con las espinas llenas de algas y basura, había centollas. Era muy raro verlas en estas fechas, tan pronto, pero ahí estaban.

Sacó la langosta y la puso en un contenedor, y después sacó las centollas. Sus caparazones, como castañas, estaban incrustados

de percebes. Se preguntó si el hecho de encontrar centollas en esta época del año se debía a alguna perturbación, quizá por la draga de ostras de los barcos pesqueros mar adentro, o porque el agua estaba más caliente. *Simplemente no hay reglas. La única regla es que el mar siempre te va a sorprender.* Eso era algo que sabía muy bien, no había promedios, no había leyes en la pesca.

En el camino de regreso, Hold sacó cinco o seis de los pescados, los apoyó sobre la borda y les quitó las escamas con el canto del cuchillo, antes de filetearlos y de poner los filets en una caja.

Podía sentir la dirección de la lancha solo con el cuerpo.

Cuando sacó los filets, fue quitando los intestinos, apilándolos. Después cortó la carne traslúcida y los pedazos de piel metálica, les cortó la cabeza desde la columna, y tiró todo en uno de los contenedores con la carnada.

Arriba había aparecido una hilera de gaviotas. Arrojó la pila grasosa de intestinos por la borda y los pájaros se zambulleron en el agua a buscarlos. Había algunas gaviotas jóvenes y grisáceas entre las adultas, bien blancas. Las más jóvenes tenían ojos marrones más expresivos, con algo casi de mamífero, mientras que los de las adultas eran fríos, amarillos, como si algo en ellos se hubiera apagado.

Cargó un balde de agua y limpió las escamas y la sangre color óxido de la borda, y limpió la tabla y el cuchillo; después se lavó para sacarse la sangre y las escamas de las manos. Podía sentir que el mar se estaba picando, que algo ganaba fuerzas a cientos de kilómetros de distancia.

Hold maniobró la lancha hacia el muelle, sintiendo cómo la embarcación remontaba el pequeño oleaje que se formaba en la boca del puerto. Las gaviotas que lo seguían se detuvieron como si hubiera una especie de frontera.

Se veían unos pocos turistas, se oía el tráfico más pesado de la ruta incluso por encima del motor de la lancha. El motor chasqueaba y salpicaba mientras bajaba las revoluciones, y empezó a largar olor cuando lo puso en reversa; después lo dejó andando y arrojó la sogá.

—¿Cómo está el mar?

El dueño de la lancha estaba en el muelle, esperando.

—Se está picando un poco.

Algunos turistas se detuvieron en el muelle y se quedaron mirando la lancha, los cables enrollados, los pescados, las centollas y la langosta grande.

El dueño miraba las cajas de pescado en la lancha. Todavía no habían empezado a perder el color.

—¿Mañana?

—La lancha es suya —dijo Hold desde abajo.

—El que la saca es usted —dijo el hombre.

Hold miró el mar, que se alzaba ligeramente por el oleaje.

—Puedo sacarla mañana.

Cargaron la pesca en el muelle y el dueño entró al hotel.

El gerente quería el pescado y la langosta, y pagó en efectivo. El dueño de la lancha lo anotó en un talonario de recibos. Después descontó el porcentaje, agregó la tarifa, anotó el total y se lo dio a Hold.

—Saqué unos filets —dijo Hold.

—Está bien —dijo el hombre.

La marea había traído unas lisas grandes, que picoteaban la pared sumergida. A la gente le llamaba la atención. Hold se las quedó mirando en el reflejo del aceite que salía del motor de la lancha y que formaba colores en el agua, como un arcoíris.

—¿Un trago, chicos? —preguntó el gerente del hotel.

Los dos rechazaron la invitación.

—¿Me podría conseguir conejos? ¿Una docena? —le preguntó el gerente a Hold—. Para el viernes.

—Bueno —dijo Hold—. Voy esta noche. Le traigo algunos.

Había luna llena, pero incluso si no era una salida muy productiva podría conseguir una docena.

—¿Quiere las centollas? —preguntó el dueño de la lancha.

A Hold lo inquietaba que hubiera centollas en esa época. En general aparecían en mayo. Se veían fuera de lugar ahí, en la pared del muelle.

El gerente del hotel las miró y volvió a mirar hacia el hotel, dubitativo.

—Se mueven muchísimo.

—Aparecieron antes. Mucho antes.

—Las compro —dijo el gerente—. Las cocinamos.

—Como guste —dijo el dueño, y miró a Hold como para corroborar.

Hold se encogió de hombros. Volvió a rascarse la lastimadura del dedo con la uña, tratando de ver qué tenía debajo de la piel. Una espina de pescado, pensó. O una astilla de la borda.

Hold se quedó parado en medio del vapor que salía de la ducha, viendo cómo la humedad suspendida se arremolinaba delante de la ventana de la casa rodante. A través de la ventana se veía la casa en obras, todavía a medio terminar.

—Sí, claro. Voy a seguir arreglándola. Voy a seguir.

Hold se había sentado al lado de la cama, mientras su amigo parecía consumirse ante sus ojos, sin que él alcanzara a procesar la situación.

—Voy a seguir.

Desde entonces, había invertido en cosas para la casa, y estaba avanzando, poco a poco. Había decidido que sería un proyecto a muy largo plazo, pero entonces había llegado el golpe. La hermana de Danny se iba a divorciar. Quería su parte del dinero de la propiedad. Era un obstáculo gigante, definitivo, insuperable.

La casa había sido de los abuelos de Danny. El sueño de Danny era que un día iba a poder reconstruirla y mudarse, como reclamándola para sí.

Ahora la iban a demoler, a reconstruir y a vender al mejor postor, casi seguramente como segunda residencia.

Yo podría evitarlo, si solo tuviera la oportunidad, pensó. Si solo se presentara una oportunidad. Solían hablar en broma sobre el ámbar gris. Sobre la posibilidad de encontrarse un montón de ámbar gris en la playa. Con eso hubiera bastado. Danny tenía fe. Algo iba a aparecer de la nada. Siempre lo había creído.

Y entonces algo había aparecido de la nada, pero no lo planeado.